

## Uno

**LOS NEUMÁTICOS CHIRRIARON EN EL ASFALTO CUANDO EL AUTOMÓVIL TOMÓ EL DESVÍO.** Pero, ¿está seguro de que es por aquí? Carla no recordaba aquel camino. La lluvia caía con tal densidad y fuerza, que los limpiaparabrisas no lograban apartarla del cristal. Ya era de noche. A su alrededor todo era una oscuridad ciega, impenetrable incluso para las sombras. Resultaba casi imposible orientarse. Sí, no se preocupe, intentó tranquilizarla el hombre al volante, solo estamos dando un pequeño rodeo; un poco más adelante está la urbanización Costa Golf, el supermercado, el paseo de las palmeras y la senda para bajar a la cala, y más allá las casas viejas, y al final, las tapias altas del chalé del italiano... Aquellas indicaciones le llegaron a Carla como una letanía sin sentido. Si todas las muertes, cualquier muerte, hablan de tú a tú con tu propia muerte, pensó Carla, la de un padre lo hace de una forma más descarnada, tiene otro tono, las palabras de esa muerte suenan más familiares, cercanas, y vuelven banales las conversaciones fuera del dolor íntimo, de ese hueco que deja la persona a la que ya no podrás seguir queriendo. Así nos evitamos el cruce con la Nacional, siguió diciendo el hombre, que con la que está cayendo seguro que ya se nos ha inundado; hizo una pausa; mire, he nacido aquí y me conozco la isla como la palma de mi mano, podría llegar a la casa de su padre incluso con los ojos vendados. Carla miró las manos del hombre al volante, le resultaron intolerables, al igual que sus explicaciones. No debería haber aceptado que le acompañara aquel empleado de La Previsora Mallorquina, un hombre de edad incierta, anodino y fondón, sin barbilla, con pelo ralo y escaso, y un traje sin corte ni gracia, pretencioso. Tuvo ganas de llorar, pero se contuvo. Mi padre ha muerto, ya no está y yo sigo viva, se dijo. Eso es, yo sigo viva, y estoy yendo hacia su casa.

Llegaron a la propiedad por la parte de atrás y aparcaron el coche junto al muro bajo de piedra. Solícito, el tal Jaume, el corredor de seguros de La Previsora Mallorquina, bajó, abrió un paraguas con la publicidad de una marca de ordenadores y fue hasta la puerta del copiloto con el fin de tapar a Carla. Ella rechazó aquel gesto de caballerosidad. Tampoco aceptó que le llevara la pequeña maleta con la ropa y el ordenador. Rodearon el perímetro hasta la verja principal. Las ráfagas de viento agitaban la buganvilla frondosa de la entrada y Carla sintió la misma indefensión que la planta, similar fragilidad. Atravesó el jardín arrastrando la maleta y se guareció bajo la tejavana del porche. El hombre la seguía. Puede esperarme aquí, le sugirió Carla cuando abrió la puerta, sin invitarlo a pasar al interior. Los servicios del tal Jaume venían incluidos en la póliza que había contratado su padre. Conociéndolo, pensó Carla, se habría mantenido como siempre en el gris término medio, ni la cobertura más barata con ataúd de madera de pino, urna modesta para las cenizas y tal vez una esquila sin fotografía en el periódico local, pero tampoco la más lujosa con féretro de caoba o nogal o palisandro, acolchado de raso o terciopelo, un féretro ancho y voluminoso, con presencia y tiradores de bronce o incluso plata, y con la tapa superior dividida en dos para permitir a los familiares ver por última vez al difunto. La elección, Carla estaba convencida, había sido la póliza adecuada para no llamar la atención ni cuando la había contratado ni cuando cuatro desconocidos lo metieran en la incineradora. Su padre no había hecho otra cosa que vivir en un territorio equidistante, en ese lugar moral en el que habitan los valores de lo ecuánime, lo justo, la medida, y al que, sin embargo, él no otorgaba ninguna clase de mérito, ya que era en esa tierra de nadie donde su anhelo de invisibilidad encontraba su horma, donde podía esconderse. Un juego de equilibrios, solía decir su padre, la vida no es más que eso, un intrincado sistema de balanzas, pesos y contrapesos, la búsqueda del *aurea mediocritas* en todo momento, en cada instante o gesto vital, y allí dentro pasar lo más desapercibido posible, porque solo de esa forma la vida está conectada a lo que uno realmente es y no a lo que los otros quieren que seas. También la muerte conecta a las personas

con lo que son y han acabado siendo, y no con lo que los otros o ellas mismas hubieran querido ser, pensó Carla, mientras abría la puerta con la llave que hasta entonces había sido la llave de su padre, un padre que ya no era más que un muerto. Se acabó tu maldito punto medio, se acabó tu maldita *aurea mediocritas*, ese aprender a que la vida no duela, o a que no duela demasiado, a anular las asperezas de las pasiones y de las verdades... Se acabaron tus maneras discretas y educadas, el no llamar nunca la atención, te has muerto, papá, te has muerto, y yo no quería que te murieses...

No se preocupe, señorita, que yo de aquí no me muevo, le dijo el tal Jaime y se encendió un cigarrillo. ¿Me daría uno, por favor?, le pidió Carla antes de entrar en la casa. Por supuesto, y el hombre le alcanzó la cajetilla sonriéndole. Había dejado de fumar hacía casi ocho años, cuando dio a luz a John, su primer hijo, y desde entonces, aunque había sentido ganas de volver a hacerlo, siempre había conseguido dominarse. Sí, en eso había salido a su padre, la fuerza de voluntad ante todo. Sin embargo, ahora necesitaba que toda aquella tensión y aquel cansancio tuvieran un punto de fuga, un cigarrillo, y que la vida volviera a ser tolerable con sus miedos normales y seguros.

La casa era un lugar oscuro, sin respiración. Carla abandonó la maleta de cualquier manera en el recibidor. El silencio hacía más grandes los espacios y amplificaba el ruido de la tormenta, que arrojaba la lluvia racheada contra la puerta de doble hoja del salón. Las pesadas gotas se estrellaban contra el cristal como si fuesen insectos. Dio una calada profunda, pero Carla no pudo tragar el humo. Sintió que la extrañeza y la congoja le atenazaban la garganta, un nudo, un tapón que le impedía llorar y que el dolor encontrase su camino hacia afuera. Tanta extrañeza, se maldijo, tanta incompreensión, tanto silencio, y, sobre todo, tanto y tanto amor que ahora yace en un anónimo depósito de cadáveres a la espera de la ropa que lo amortaje.

Carla revolvió en su bolso para encontrar el sobre que su padre le había dejado en la mesilla de la habitación del hospital, junto a un pequeño cuaderno que usó al final para comunicarse, cuando

ya no podía casi hablar, y en cuya última página, poco antes de que los médicos le indujeran al coma para que dejara de sufrir, había garabateado un dibujo y un nombre. Se trataba de un esbozo muy primitivo, un tosco avión, algo parecido a una torre de control o quizá la torre de una iglesia, y una mujer que arrastra una maleta. Para que no cupiera ninguna clase de duda, sobre la mujer había escrito un nombre, Carla, con el trazo vacilante de quien todavía no sabe escribir bien del todo, tal vez como la del niño que había sido y que quizás había regresado para acompañarlo en la muerte, para devolverle de lleno una inocencia que nunca perdió del todo. Como un niño, le intentó confortar a Carla la monja encargada de la planta, al final su padre era como un niño, un niño bueno y dócil. O como un niño aterido de miedo, pensó Carla, un niño que en su ingenuidad y confianza piensa que si se porta bien, el horror pasará, pasarán los dolores, la noche, que si encoge su cuerpo bajo las sábanas y cierra los ojos con fuerza, el sueño no estará hecho de tinieblas y miedos, y el despertar lo devolverá a esa vida que le están arrebatando. Incluso hasta rezaría, él, que tan ostensiblemente hizo gala de un ateísmo irredento, ¿cómo podemos creer en un Dios que sueña divirtiéndose con lo terrible?, solía ser una de sus frases. Carla se dio cuenta de que no conocía tan bien a su padre como para saber qué hizo en aquellos momentos, lo que pensó, sus sensaciones, sus sentimientos. Lo único que Carla supo, mientras lo acompañaba en su agonía, era que la esperaba, sí, que la había esperado para morir.

Llevaba casi tres días de viaje, sin dormir, solo breves cabezadas, sueños fragmentados en las salas de espera de los aeropuertos y durante los vuelos. Viajar a Palma de Mallorca desde Windhoek no había resultado fácil. Aunque cuando entró por la puerta de la habitación su padre ya estaba en coma y no la había podido reconocer, Carla, al acercarse a la cama, creyó ver en sus labios un amago de sonrisa, esa media sonrisa que siempre había tenido, y cogiéndolo de la mano, le susurró, soy yo, papá, soy Carla, tu hija, he llegado. Y ya no se apartó de él las siete horas siguientes, pegada a aquel cuerpo que se tensaba y se contraía cada vez que

tomaba y expulsaba el aire, que boqueaba como si ese aire no acabara de llegarle del todo a los pulmones, un cuerpo que había perdido su solidez, la dignidad, y al que, sin embargo, se aferraba de forma mecánica la vida entre estertores, hasta que al final, exhausto, un carraspeo, y se apagó. El cuerpo dejó de respirar. Lo que era ya no era más. Los muertos no eran nuevos para Carla, se habían cruzado en su camino numerosas veces, los había visto en las cunetas de África, en sus hospitales, también en Inglaterra. Una amiga suya había muerto de una extraña enfermedad, y había dado su adiós a los padres de su marido, Ralph, fallecidos en un accidente de tráfico en Exeter. Pero hasta entonces no había asistido a una muerte, nunca nadie había muerto entre sus brazos, contemplando atónita cómo una vida dejaba de ser vida en un instante. Carla superaba apenas los treinta años, era madre, sabía lo que era dar vida pero todavía no sabía lo que era la muerte. Y lo supo viendo morir a su padre.

Volcó el contenido de su bolso sobre la mesa de la cocina en busca del sobre que le había dejado su padre, y de repente apareció sobre la superficie quien ella era, su pasaporte, Carla Fleta Lang, su realidad más inmediata, las tarjetas de embarque, las llaves de su casa en Namibia, una nota de la maestra de su hija pequeña, Clarisse, para que firmase la autorización para una excursión a una granja, el iPhone, pañuelos de papel, algunos productos de maquillaje, un libro electrónico, caramelos, unas gafas que no usaba, y también el sobre, en cuyo interior había un folio con las indicaciones precisas a seguir tras el fallecimiento. En el armario de mi habitación, había escrito entre otras cosas, encontraréis una maleta con todo lo necesario para que me vistan cuando llegue el momento... También había una serie de anotaciones sobre el cementerio, el testamento, cuentas en el banco y otros temas de la casa, como la factura pendiente del jardinero. La enfermedad no había logrado atenuar sus obsesiones. Su padre era un maniático del orden y de la previsión, y más aún después del divorcio, cuando se desmoronó el orden de su mundo exterior y su historia, y tuvo que inventarse uno personal para protegerse, un orden de

persona sola que, a veces, podía resultar incluso mezquino. Le resultaba intolerable que los detalles escapasen a su control. Nunca dejaba nada a la improvisación, y los imprevistos, aunque fueran nimios, podían paralizarlo. Todo tenía que estar organizado, pautado. Leyendo las hojas Carla pensó que para organizar todo aquello y dejar atados y bien atados los aspectos más prácticos de una defunción, su padre había tenido que imaginar no una, sino decenas de veces su muerte y, lo que era más dramático, la vida que quedaría tras esa muerte. Y se maldijo por ello. Se maldijo por la soledad que su padre había tenido que sentir haciendo todo aquello y por no haber estado allí, con él, y también por la soledad y la derrota que probablemente ella misma sentiría algún día en relación a sus hijos, porque la vida consistía también en eso, en la imposibilidad de transferir la elaboración de la propia muerte y del morirse mismo.

Todas las muertes, cualquier muerte, había leído Carla en algún lugar, acaban hablando de tú a tú con tu propia muerte, y los lenguajes que eligen para hacerlo son extraños, como extrañas son las muertes olvidadas que traen consigo a la orilla del recuerdo. Por eso, de repente, sin saber muy bien el porqué, Carla se acordó en medio de aquella cocina de uno de los acontecimientos escondido en su memoria que más habían marcado el principio de su adolescencia, con doce años, cuando vivía con sus padres en Madrid, en la casa de la calle del Prado. La cuarta y última planta del edificio estaba dividida en dos grandes viviendas. En una habitaban ellos, y la otra la ocupaba Álvaro Ruspoli de Castro, un hombre que si bien apenas pasaría la treintena, para Carla en aquella época formaba parte de ese mundo de los adultos con los que se comparten los buenos días en el ascensor o en el portal, gestos de complacida educación y carentes de interés. Aunque amable e incluso dicharachero, Álvaro Ruspoli de Castro era en realidad reservado y discreto, lo cual lo convertía, sin él buscarlo, en un hombre huidizo, también enigmático, a diferencia de su hermana, mucho más sociable, que habitaba en la segunda planta. Ambos eran hijos de un noble de origen italiano que di-

vidía su tiempo entre París y Palma de Mallorca, desde donde administraba el patrimonio de su mujer, María de Castro. La casa donde vivían de alquiler Carla y sus padres era de su propiedad, como todo el edificio y otros inmuebles en varias zonas de la ciudad. Alto, con una delgadez que le imprimía cierta fragilidad, de facciones muy pronunciadas aunque no excesivamente viriles, y con un toque de cuidado desaliño, Álvaro Ruspoli de Castro se movía con elegancia. En torno a él no había habladorías, lo que había eran fantasías, y Carla no supo sustraerse a ellas, como la mayoría de los vecinos del edificio. Cuando se hablaba de él en casa, su madre siempre terminaba afirmando con un punto de admiración que Álvaro era una persona instruida, se ve, un hombre de mundo, con clase, así de simple. Y ojo, advertía, que eso no tiene nada que ver con el dinero, quizá en parte, no lo niego, pero se trata de otra cuestión, y se llama saber estar y, sobre todo, saber vivir, y sí, digámoslo, se ve a la legua que él sabe vivir. Para la madre de Carla aquel saber vivir marcaba las diferencias entre las personas, y con él se refería a un compendio vago y confuso de habilidades personales y sociales que iban desde ser capaz de disfrutar de un concierto de música clásica y conversar con propiedad sobre la interpretación de la orquesta o del solista, hasta saber poner bien una mesa, pasando por estar al día en toda clase de asuntos políticos y culturales, y tener una opinión formada y defendible sobre ellos. También por acordarse de los cumpleaños y demás fiestas, añadía, y quedar bien, correspondiendo a las invitaciones de las que se había sido objeto, sin olvidar tampoco la capacidad de enumerar una lista de buenos restaurantes donde previamente se ha comido, y poseer un fondo de armario con prendas adecuadas para cada ocasión. En definitiva, una serie de aptitudes que la madre de Carla otorgaba a Álvaro. Solo hay que ver cómo se mueve, cómo habla, decía convencida, aunque claro, dejaba caer luego con cierto misterio, eso le viene de familia. Lo cierto era que en aquella España de los años noventa que se despertaba al dinero fácil y sucio, y en la cual la libertad se confundía con un mal gusto chato y vocinglero, y con la ostentación, los

trajes de corte clásico, el nudo de la corbata levemente aflojado y los zapatos ingleses de Álvaro Ruspoli de Castro resultaban una excepción. Como excepciones eran las óperas y la música clásica que escuchaba, los cuatro idiomas que hablaba, las cajas de champán que a veces se hacía traer a casa, y la moto BMW con la que se movía por la ciudad.

Álvaro Ruspoli de Castro siempre olía como recién salido de la ducha, incluso de noche, y aquella fragancia turbaba a Carla cuando se cruzaban en el ascensor y él se dirigía a ella en un francés pulcro, sin ninguna clase de inflexión, ya que sabía que estudiaba en el Liceo Francés y que su madre era francesa. Olía bien Álvaro Ruspoli de Castro, y a Carla le gustaba aquel olor, un olor que, como tal vez habría podido decir su madre, no tenía nada que ver con el gel de baño que usaba, que también, sino con su piel, porque no todas las pieles eran iguales. Como tampoco eran iguales todos los cuerpos desnudos. Y el de Álvaro era diferente. Carla sabía de lo que hablaba. Lo había descubierto por casualidad.

Las habitaciones interiores y los cuartos de baño de los dos pisos compartían un amplio patio interior. Desde los primeros calores de junio era habitual que las ventanas permanecieran abiertas de par en par para crear corrientes de aire que refrescaran las casas. Una noche de julio, justo la noche antes de que partiera con sus padres para pasar las vacaciones en Altea, Carla oyó el ruido de una ducha, e instintivamente dejó de preparar la maleta y miró por la ventana de su cuarto. Justo enfrente Álvaro había empezado a ducharse. Carla apagó la luz y, protegida por los visillos, lo espío. Nunca hasta entonces había sentido con tanta intensidad el estremecimiento que podía provocar la simple contemplación de un cuerpo desnudo, ni aquella sensación rara de indefensión y de soledad y, al mismo tiempo, de placer. Tampoco el hipnotismo que ese cuerpo es capaz de ejercer, un hipnotismo que corta la respiración y captura la mirada y los sentidos, y ya no los suelta porque, aunque su visión desaparezca, la retina continúa conservando aquel cuerpo, aquella piel, las manos que la enjabonan, el



vello de un sexo que parece tener vida propia, que se mueve, cada gesto, la cara recibiendo el agua, como si todo fuera una dulce y oscura fuerza que te transporta a descubrir tu propio cuerpo.

Durante el mes y medio de vacaciones Carla vivió en la espera. No había nada que la pudiera distraer. Era un sentimiento nuevo. La nostalgia de aquel cuerpo hizo que lo buscara en los que la rodeaban, pero no lo encontró. Carla todavía no podía saber que son las circunstancias y los momentos los que hacen únicos a los cuerpos, y no los cuerpos en sí mismos. Tenía doce años. En aquel estado todo carecía de sentido, todo le resultaba vacío. Carla se aburría con sus amigas, los escarceos de los primeros besos y magreos en el cine al aire libre no le interesaban, sus padres le parecieron, aún más, los habitantes hostiles de un planeta distante, y se pasó la mayor del tiempo contando los días que faltaban para regresar. Cuando por fin volvieron, fue hasta su habitación y abrió la ventana. Quería contemplar de nuevo el lugar de su deseo. Enfrente, las persianas del apartamento de Álvaro estaban bajadas. A los pocos minutos tocaron el timbre de la puerta de servicio. Era la mujer del portero. La madre de Carla la hizo acomodarse en la cocina y enseguida empezaron un cuchicheo en el que no tardaron en aparecer los sollozos. Carla se acercó y desde el umbral de la puerta escuchó lo que estaba diciendo la mujer. Todo había sucedido hacía exactamente una semana. El señorito Álvaro, de esa forma lo llamaba ella, se había plantado en la portería el viernes por la tarde, así, de improviso, y de forma muy educada, ya sabe usted como es que a educado no le gana nadie, dijo, ¡ojalá todos fueran como él en este edificio, que otro gallo nos cantarí!, y entonces va y me pregunta si le puedo planchar una camisa, solo una, ya que su señora de la limpieza estaba de vacaciones. Sí, solo una, repitió la portera, nada más que una camisa, ¿me entiende usted? Álvaro dijo que tenía un compromiso importante y le dio una bolsa con la prenda de vestir. Cuando acabó de plancharla se la subió en una percha y Álvaro le dio un sobre con dos mil pesetas en su interior. Por las molestias, le explicó él. Dos mil pesetas por planchar una camisa,

una exageración de dinero, confesó la mujer en la cocina, y así, dentro de un sobre, y hasta me pasó al salón para dármele, ¡qué casa!, preciosa, oiga, con mucho gusto y toda recogida, en orden, y eso que no había venido la asistenta. Lo único que sí noté fue un fuerte olor a betún. Esa misma noche del viernes, mientras la portera y su marido tomaban el fresco en el patio, sentados en unas sillas bajas de enea, vieron cómo Álvaro sacaba la motocicleta y abría el portón. Al pasar por su lado, antes de salir a la calle, les había dado las buenas noches, solo eso, buenas noches, ni una palabra más, dijo la portera, hasta que al final, el lunes lo vinimos a saber. Álvaro había conducido su motocicleta hasta la casa de campo en Cercedilla, y allí, al día siguiente, apenas el día despuntó, se aseó y vistió con cuidado, sacó del mueble armero una de las escopetas de caza, una paralela Holland & Holland, y se descerrajó un tiro certero en medio del pecho. Álvaro Ruspoli de Castro llevaba puesta la camisa blanca y unos zapatos Foster & Son negros relucientes.

Carla estaba recordando en otra cocina, en la cocina de su padre muerto, más de quince años después, que lloró. En aquella otra noche, la portera les cotilleó una historia de amores truncados en la que había una mujer de fuera, extranjera, dicen que norteamericana y diez años mayor que él, una mujer casada, muerta súbitamente en un accidente de tráfico hacía quince días en las cercanías de Cadaqués, mientras acudía a una cita con él. Un golpe muy duro, sí, muy duro, el amor de su vida, dijo la portera que le había dicho la asistenta de la hermana de Álvaro, sí, norteamericana, la única mujer a la que al parecer había amado, y que se va así, de la noche a la mañana, en un accidente, pues claro, es lógico que el mundo se te caiga encima, ¿cómo no se te va a caer el mundo?, pero de ahí a matarte, no sé, hay un abismo; claro, me pregunto yo, ¿cómo va a superar eso una persona tan rara como el señorito Álvaro?, porque el señorito Álvaro, que sí, que era un santo, también era raro hasta decir basta, y si a eso se le une la depresión por la muerte de su novia, pues para qué queremos más, va y se mata con la camisa que yo le había planchado, ¿se da

usted cuenta?, vestido con mi camisa de punta en blanco, eso ha dicho la policía, como si en vez de irse a matar fuera a una fiesta. La madre de Carla le sirvió un vaso de agua. Eso es de raros, ¿o no cree usted que tengo razón?, porque no me diga a mí también que con todo lo que tenía, no iba a encontrar otro amor de su vida, si amores hoy en día es precisamente lo que sobran para alguien como el señorito Álvaro. Bebió el agua. La gente es infeliz porque quiere, recuerda Carla que dijo la portera antes de marcharse, y claro, así no es de extrañar que haya tantos y tantos suicidios, eso me lo explica todo, ¿no le parece? Las explicaciones solo sirven para los que se quedan en este mundo, Carla estaba segura de ello, se dijo en la cocina de su padre muerto, las explicaciones tranquilizan, despliegan con sus palabras el orden, dan sentidos, justifican, pero los muertos no necesitan ya explicaciones, no necesitan ni palabras ni sentidos que la justifiquen, los muertos se mueren y nada más. Su muerte es su única explicación, y se quedan para siempre a solas con ella, con su silencio.

Durante su adolescencia Carla alimentó la idea de que el hechizo que había ejercido Álvaro, su fugaz desnudez en la ducha, tenía algo que ver con la aparición de la posibilidad de la muerte. Y creció con aquellas fantasías en las que muerte y deseo iban juntos, hasta que las desterró por la vida verdadera, una vida que había que vivir con todas sus certezas, como el amor y el sexo, como el compromiso que se adquiere con la persona a la que se ama. Como su marido Ralph, como los hijos que había tenido con él, John y Clarisse, como la familia que estaban formando. Nunca hasta entonces había regresado a Álvaro Ruspoli de Castro, y ahora estaba volviendo sin realmente quererlo y sin razón aparente, mientras le resultaba desoladora la lucidez con la que su padre había organizado hasta en los mínimos detalles la vida que iba a quedar y continuar tras su muerte.

Subió las escaleras de madera que desembocaban a un corredor con tres puertas; abrió la segunda. Se encontró la habitación de su padre despojada de cualquier ornamento, salvo por un gran lienzo que ocupaba una de las paredes, y en el que un artista que ella

desconocía, H. A. O'Malley, hacía emerger con pinceladas espesas, que iba acumulando para dotar al cuadro de volumen y densidad, un paisaje sombrío con la fachada de una casa en primer plano, donde la única luz procedía de las ventanas, y detrás de una de ellas se entreveían los rostros de una mujer y un niño distorsionados en una mueca de dolor. En el cuadro predominaban los rojos, los verdes y el negro, y a Carla, aunque ya lo había visto la primera y última vez que estuvo en la casa, le resultó mucho más inquietante de lo que recordaba, como si su capacidad de transmitir un intenso sufrimiento hubiese crecido con el tiempo, pensó. Nunca le preguntó a su padre dónde y en qué momento había adquirido ese cuadro, y sobre todo, qué es lo que lo había impulsado a hacerlo y a convivir con aquella madre y aquel hijo. Ella daba por descontado que los retratados eran madre e hijo, prisioneros de un dolor deforme; no, no se lo preguntó y ahora ya era tarde para hacerlo. El resto de la estancia se reducía a un mobiliario funcional, una cama, dos mesillas, un armario y una cajonera de roble empotrados y hechos a medida. Sobre una de las mesillas de noche, Carla reconoció una vieja lámpara cromada con una tulipa blanca de la casa de Madrid, y la foto de Albert en un pequeño marco de roble. Era la misma foto en blanco y negro de siempre, la única foto, la foto oficial, del hermano muerto al que Carla nunca había llegado a conocer. En ella Albert tiene un año y medio, apenas unos meses antes de su fallecimiento, casi cinco años antes de que ella naciera. Albert corretea por un jardín, hay una tapia baja, y está junto a su madre, aunque esta no aparece en la instantánea; es solo unas piernas esbeltas, unas parisinas y una falda de tubo ceñida. Esa fotografía era la única nota personal del cuarto, algo que aportaba algún dato sobre la persona que había dormido allí hasta hacía poco, algo que hablaba de su pasado, algo humano, aunque, reflexionó Carla, resultaba sobrecogedor que, de todos los recuerdos que su padre hubiera podido elegir para acompañar la mirada antes de acostarse en la cama a diario, no hubiese optado por una instantánea de sus nietos, o de ella misma, algo vivo y presente, sino que su elección había recaído sobre lo difunto, sobre el dolor.

Carla sacó la pequeña maleta del armario y la puso sobre la cama. En su interior, perfectamente planchados, encontró una camisa celeste y unos pantalones claros, junto a un jersey azul marino y unos zapatos de antes. Nada más. Esa era la ropa que su padre había elegido para que lo amortajasen. Y viendo aquello, Carla se preguntó si los cuerpos que van a ser incinerados no necesitaban sus calzoncillos, camisetas y calcetines, y esa duda del todo absurda la devolvió a un mundo sin tanto dolor, más prosaico y, tal vez por ello, más cercano a su padre. Se te olvidó, le dijo mentalmente, y empezó a buscar hasta que dio con el cajón de la ropa interior. Al revolver en su interior, sintió que violaba una intimidad. Iba a coger los primeros calzoncillos cuando, entre las prendas blancas, ordenadas con pulcritud, descubrió que sobresalía la parte trasera de un objeto cilíndrico de color rosáceo. En un primer momento Carla supuso que se trataba de una linterna o un juguete infantil, pero luego, al tomarlo en su mano y sentir el tacto suave y rugoso de la silicona, comprobó que se trataba de un vibrador. Descubrió también, apartando la ropa interior, varios tubos de lubricantes y una caja de preservativos. La intimidad se volvió de pronto limosa y vulgar, oscura. Probó disgusto, repugnancia, y Carla cerró de golpe el cajón temiendo contagiarse de algo sucio y tóxico.

El empleado de La Previsora Mallorquina, el tal Jaume, no se había movido del porche. Mataba la espera intentando seguir el ritmo oculto de las gotas de agua que caían de la buganvilla al suelo. Aquí tiene todo lo que necesita, le dijo Carla a sus espaldas, con la maleta de su padre en la mano. Su voz lo sobresaltó. Carla aspiró el aire fresco de la tormenta y sintió que volvía a respirar. Cerró los ojos, y al abrirlos hizo un amago de sonrisa que el tal Jaume pensó iba dirigido a él, y la tranquilizó, no se preocupe, déjelo en nuestras manos, estamos aquí para eso. Le salió una voz meliflua y un poco empalagosa. Nuestra compañía es una compañía seria, añadió, acostumbrada a hacerse cargo de todos estos pequeños inconvenientes. ¿Inconvenientes?, ¿había dicho inconvenientes?, le preguntó Carla, ¿cree que la muerte de mi

padre es un inconveniente? No, perdone, claro que no, repuso él azorado, no me refería a la muerte de su padre, me refería a todos los asuntos... Sí, está bien, déjelo, zanjó Carla, lo he entendido. A propósito, ¿quiere que le aconseje algún hotel?, le preguntó el tal Jaime, supongo que no le apetecerá quedarse a dormir sola en la casa, además, tendrá hambre, yo, si quiere, la puedo acompañar... Carla creyó intuir en el ofrecimiento cierto flirteo y, como respuesta, le dirigió una mirada altiva y cargada de descrédito. No solo el tal Jaime le parecía un hombre insulso y carente de cualquier atractivo, con las carnes ya algo cedidas y una incipiente alopecia, un hombre incoloro, sino que ahora aquel servilismo hizo que lo viera como un animal de rapiña escondido en el falso consuelo. En aquel silencio incómodo el hombre rectificó, aunque pensándolo bien, quizá tenga cosas que arreglar en la casa. En efecto, le dijo Carla, veo que lo ha entendido perfectamente. Si quiere, se brindó el tal Jaime, mañana por la mañana puedo venir a recogerla. No hace falta, le contestó ella. Entonces, concluyó él, me paso por el tanatorio y nos vemos en la oficina para el papeleo.

No vio al empleado alejarse por el sendero con la maleta y el paraguas a merced del viento y la lluvia. Carla había cerrado antes la puerta, echó el pasador y apoyó su espalda en la pared del vestíbulo. Solo había silencio y sintió que la estaba manchando para siempre. Un silencio hecho con la ausencia de las voces de aquellos que una vez quisimos, ese silencio que ya no se podrá llenar con las cosas que nunca nos dijeron ni nosotros preguntamos, el silencio que, cuando llega, todo impregna. Carla se vio sumergida en él. Fue hasta el salón. Pegadas a la pared, junto a la gran puerta de cristal de corredera que daba al jardín, vio una serie de cajas apiladas. Abrió la puerta de par en par para que el ruido de la tormenta acallase de alguna forma aquel silencio. Pero la tormenta y su furor eran un lugar mudo y distante. El silencio de la casa de su padre lograba cubrirlo. Era más fuerte. Hasta en eso, pensó Carla, la muerte derrota a la vida.

**OÍA LOS PÁJAROS, MUCHOS PÁJAROS.** Al principio estaban en su sueño, lejanos, en medio de un safari para niños al que había acudido con su marido Ralph y sus dos hijos, John y Clarisse. Las ruedas del todoterreno se habían embarrancado en las arenas fangosas de la orilla de un río, y el resto de los vehículos había continuado por la pista sin percatarse del incidente. Se habían quedado solos. La pequeña Clarisse lloraba mientras le señalaba una bandada de aves sobrevolando en círculo alrededor de ellos. Ralph intentaba una y otra vez sacar las ruedas acelerando el motor, pero estas giraban inútilmente. Las aves lanzaban graznidos amenazadores. No eran aves normales, eran grandes, excesivamente grandes, con picos negros y alas gelatinosas en las que se transparentaban sus huesos. Carla, presa del pánico, abrazaba a Clarisse. Recordó que el iPhone disponía de una aplicación que emitía sonidos ultrasónicos capaces de alejar a los pájaros, pero siempre que intentaba introducir la contraseña en el aparato, se equivocaba. Las aves estrechaban su vuelo circular y se iban acercando peligrosamente. El ruido del motor revolucionado del jeep se fue atenuando poco a poco hasta convertirse en el rumor invitante de un vibrador, y de repente el iPhone adquirió color carne y una consistencia gomosa que palpitaba en su mano y le hacía cosquillas invitantes. Pensó que le gustaría llevárselo a la entrepierna. El sobresalto despertó a Carla. Tardó unos segundos en saber dónde se encontraba. Los pájaros estaban de verdad allá fuera, en el jardín, golondrinas con sus vuelos enloquecidos, llenos de vida. Y el rumor monótono era el del motor de un cortacésped.

Carla había dormido en uno de los sofás del salón, cubierta por una manta, y ahora la mañana entraba con luz limpia y protectora por el ventanal abierto. Sobre la mesa baja, una copa de coñac y el iPhone. La maleta sin deshacer reposaba a sus pies. Daría lo que fuera por un café negro y un cigarrillo, se dijo. De la tormenta no quedaba ni rastro. Su paso había dejado el cielo terso y azul, y una brisa ligera y apacible acariciaba los arbustos del jardín. A lo lejos se veía el puerto deportivo con los mástiles

de las embarcaciones balanceándose; más cerca, el sendero terroso que descendía hasta una cala, adonde llegaban mansamente las olas de un mar calmo. Un anciano cortaba el césped en el jardín de la casa de al lado. El orden de las cosas vivas estaba allí y Carla lo sintió.

La última vez que Carla estuvo en aquella casa había sido también la única. De eso hacía más de tres años, cuando estaba embarazada de Clarisse y pasó con su hijo dos largas semanas de un julio tórrido, mientras Ralph recibía la mudanza en Windhoek, Namibia. Recordaba los días pasados en la cala, los baños por la tarde, las cenas que les preparaba una señora del pueblo a base de pescados y verduras a la parrilla, y las sobremesas en el jardín, conversando con su padre, dilatadas hasta altas horas de la noche. Su padre sabía escuchar, siempre lo había hecho, en pocas ocasiones juzgaba. Rehuía tanto los consejos obvios y de sentido común como las polémicas baladíes, prefería callar, actitudes que ella, más fogosa e impulsiva, había considerado durante años propias de un hombre pasivo, casi sin voluntad, e incluso había llegado a tildarlas de cobardes. Le sorprendieron entonces las buenas migas que hicieron su padre y John, que todavía no llegaba a los cuatro años, porque sabía que lo de ser y ejercer de abuelo no iba mucho con su carácter, se lo había confesado en numerosas ocasiones. También le chocó el modo disciplinado y solitario en el que vivía su padre, había en él algo de espartano, una búsqueda maniática de la simplicidad. No recibía a nadie en casa, y durante las dos semanas que estuvo allí, solo tuvo tres llamadas telefónicas, que ella recuerde, y las contestó con el teléfono inalámbrico desde el jardín. Además, se había aferrado, aún más, a sus rutinas. Parecía tenerlas grabadas en la cabeza y las seguía a rajatabla, marcándole las horas del día. Los paseos matinales hasta la lonja para comprar el pescado, un poco de trabajo en el jardín, las lecturas sobre arte, el baño en el mar por la tarde, cuando el sol dejaba de ser temible, y todas aquellas horas delante de sus papeles, a veces escribiendo a mano y a veces en el ordenador, en aquel ejercicio metódico y secreto, pues nunca le dio a leer nada, que él definía



como limpieza de lo anecdótico y pureza de los hechos. Nada más que eso. Secuenciación de un caos, lo definía. Su padre, sin embargo, introdujo a John en aquella vida disciplinada, hecha de compartimentos, de la forma más natural; se hicieron amigos. Iba con él a todas partes. Le hablaba como si fuera una persona mayor, le explicaba las cosas, le nombraba las plantas y los pescados, se pasaba horas mostrándole los cuadros de algunos catálogos, y cuando era necesario también le enseñaba el silencio, le ponía a dibujar con unas pinturas en un cuaderno de hojas rugosas que le había comprado. Carla todavía lo conservaba en un cajón de su escritorio en Namibia. Las dos semanas que pasaron allí tenían en el recuerdo de Carla el sabor de los días de vacaciones, días lentos, ingrátidos, somnolientos, una burbuja de tiempo hecha de sol y salitre, del olor y de la textura cremosa de los protectores solares, de novelas negras en ediciones de bolsillo, y de otros libros que había tomado prestados de la biblioteca de su padre, uno de Patricia Highsmith, *The Tremor of Forgery*, *The Human Factor* de Green y, cree recordar un Fitzgerald, *The Great Gatsby*, aunque no está segura, o quizá fue uno de Philip Roth. Pero, sobre todo, recordaba las largas conversaciones después de la cena.

Fueron las últimas veces en las que habló de verdad con su padre. Después se habían encontrado en algunas ocasiones, una aquel mismo año, en Namibia, donde su padre fue a pasar las Navidades para conocer a su nieta Clarisse, y luego tres veces en Londres y otras dos más en Windhoek. Pero siempre había habido gente a su alrededor, obligaciones, ruidos sociales que les impidieron ir más allá de la simple comunicación familiar y cómplice. De todas formas, hablar con su padre aquellos días significó para Carla que él escuchaba y ella hablaba sobre su vida, la que empezaba lejos de Europa, sobre Ralph y los niños, sobre el libro que quería escribir, sobre la decepción del mundo universitario que de momento había abandonado, sobre la buena política y no la política de salón, y también sobre algunos de sus miedos como el de no ser una buena madre, o como el que sus acciones no estuvieran a la altura de sus ideales y tuviera que acabar pactando con

ideas y personas que le eran ajenas, asuntos todos estos que, vistos desde la perspectiva actual, le parecieron banales. Solo de eso habló, no le quiso preguntar para que él no tuviera que contestar. Y ahora, con él muerto, no sabe si hizo bien o mal. Aunque quizá fuera mejor así. Ella a fin de cuentas era solo su hija.

Carla se hizo un café americano y salió descalza al jardín. No debería ser difícil, se dijo mientras daba un pequeño sorbo. Le gustó el cosquilleo fresco del césped en la planta de los pies, le hizo sentirse de nuevo niña. No es más que una llamada de teléfono, se dijo para darse fuerza, eso, una simple llamada, aunque tal vez a su padre no le hubiera gustado que la hiciera. Pero ella, Carla, era ella, y su padre era su padre, y en realidad no estaba incumpliendo ninguna voluntad explícita sobre este tema, porque en las instrucciones su padre nada decía respecto a esto, salvo que su presencia no era necesaria. Literalmente era eso lo que había dejado escrito su padre, la presencia de Jeanne, mi exmujer, resulta del todo innecesaria en los momentos siguientes a mi muerte, que era el modo civilizado para poner otra lápida, esta vez definitiva, sobre la historia de ese amor.

Jeanne, soy yo, dijo al teléfono, soy Carla. No la llamó mamá, hacía años que había dejado de dirigirse a ella con aquel término, prefería usar su nombre de pila, Jeanne, simplemente Jeanne. Nada más. Hubo una época en la que no tuvo ni tan siquiera nombre, pero aquello era excesivo. Carla suponía que la distancia de un nombre era un modo, como otros, para defenderse de su madre. Al igual que lo había sido la mentira en otros momentos de su vida. Desde que ella recordase, nunca le había dicho a su madre la verdad, intuía que mentirle era una forma de salvaguardar su espacio, de protegerse de los miedos, los afectos manipuladores, los chantajes y de tantas otras cosas. ¡Qué alegría, cariño!, oyó que exclamaban al otro lado de la línea, ¡cuánto tiempo!, ¡qué tal estás?, ¡cómo se encuentran los niños? Era la misma voz de siempre y el tono resultaba bastante franco. Carla no lograba imaginarla en la casa de Tánger en la que ahora vivía, no sabía entre qué muebles estaría, entre qué cuadros, lo que se

vería más allá de las ventanas, y no podía hacerlo porque nunca la había visitado allí. Vivimos en el mismo continente y apenas nos vemos, solía decirle Jeanne bromeando, y Carla le respondía que sí, que tenía razón y que tenían que organizar para verse, pero callaba lo que realmente pensaba. Si bien vivían en el mismo continente, sus mundos corrían en paralelo, distantes, sin ninguna posibilidad de cruzarse. Tampoco podía visualizar el rostro actual de ella, si tenía el mismo peinado de la última vez que se encontraron en Roma, territorio neutral, para que viera a sus nietos, o si se lo habría cambiado; no sabía si su rostro seguía radiante y rejuvenecido como aquella vez o, si por el contrario, la vejez había empezado a hacer mella en él. La distancia geográfica y el tiempo fijaban una instantánea que era difícil cambiar, y en las llamadas telefónicas, una o dos al mes como las que solían hacer, hablaban con los rostros que conservaban de manera recíproca en sus memorias. Era un diálogo de máscaras. Dos años sin vernos y más de cinco semanas sin hablarnos, cariño, dijo Jeanne, que había aprendido a llevar la cuenta. Has estado de viaje, me dijiste que ibas a ir a Nueva York, ¿no?, le replicó Carla poniéndose a la defensiva, y de todas formas, también podías haber llamado tú. No, cielo, no estaba recriminando nada, se apresuró a disculparse Jeanne. Carla notó en las palabras de su madre el temor a ser malinterpretada y a decir algo equivocado, y que esa llamada acabara convirtiéndose en una pequeña discusión, en la excusa perfecta que ampliara aún más la distancia que las separaba. Aquella no era la madre de su infancia, pensó Carla, en ella no había entonces miedo sino un avasallamiento que creía legitimado por el amor que le profesaba. ¿Por qué se había producido ese cambio? Carla no lo sabía y tampoco le preocupaba mucho saberlo en aquellos momentos. Tenía a su familia, sus hijos y su marido, tenía su trabajo, otra lengua. Tenía otra vida. Y ahora tenía también un padre muerto. Resultaba más fácil pensar que el egoísmo de su madre había dejado el disfraz de la abnegación, el altruismo y el amor por el del simple miedo a perderla del todo. Quizá eso la había llevado a cierta forma de sinceridad, aunque en el fondo

Carla también desconfiaba de la misma. Le vino a la mente el dicho que usaba Ralph cuando regresaba de las reuniones con algunos representantes de multinacionales dispuestas a participar en proyectos de cooperación internacional, “*The wolf loses his teeth but not his inclination*”, —“muda el lobo los dientes, más no las mientes”—. Carla no quería ser dura, pero hacía tiempo que se había liberado del sentimiento de culpa.

Ha muerto, le soltó de golpe Carla. Le hubiera gustado añadir algo más y, sin embargo, fue incapaz de hacerlo. Ha muerto, repitió, y no supo si aquella escueta afirmación era un modo de herirla, o una necesidad casi infantil de hacerla responsable de aquel dolor, y que la consolase, o si por el contrario, respondía simplemente a acabar cuanto antes aquella conversación. Sea como fuera, Carla pronunció aquella frase, ha muerto, y la repitió, y al otro lado de la línea no hubo palabras, un silencio impenetrable, que ella no supo interpretar porque hay tantos silencios como personas. Ningún silencio es igual a otro; tampoco es igual lo que esconden.

Jeanne Lang se quedó inmóvil con el auricular pegado al oído. De repente, todo lo que sucedía a su alrededor ganó nitidez pero se ralentizó. Vio a Gerard hablando con Rachid al fondo del jardín, en la pequeña huerta. Las espigas de las calas sobre el piano habían empezado a perder el polvo amarillo. La taza del café a medio beber, el cigarrillo humeante en el cenicero... Sintió con intensidad la terrible fuerza de lo que se disipa y se desvanece, lo que acaba desapareciendo. ¿Por qué todo había tenido que terminar así?, se preguntó en aquel silencio en el que se había adentrado. Las telas de colores intensos, rojos, azules, fucsias, que cubrían los sofás; los cuadros; la escultura romana de un atleta a punto de iniciar una carrera; las alfombras, los tapices; este presente; piensa en que tiene que ir al mercado, y en la cena que dará esa noche a la directora del Instituto Francés y varios artistas después de la inauguración de una exposición, y en medio de todo eso, él se ha muerto. No sé qué hacerme de tu amor, le había dicho ella decenas de veces, en realidad se lo había dicho casi desde que se

conocieron, y era verdad, nunca supo qué hacerse de aquel amor. Ahora Jeanne no se reconocía en aquellas palabras, pero las había dicho, e incluso se las había gritado a la cara con hastío y aspereza, porque gritárselo fue el único modo que tuvo para liberarse de todo aquello. Entonces no le importó el daño que hicieron, el dolor que provocaron. No pudo ser de otra forma.

¿Sigues ahí, Jeanne?, le preguntó su hija. Sí, seguía allí, en su casa de Tánger, aunque un fognazo de memoria hiriente le estaba devolviendo a la pequeña casa de la Avenida Jean Cordiert, en Pessac, en las afueras de Burdeos, la casa de las ventanas rojas. A Albert, el hijo muerto. Al mundo que no fue mundo. Al destino vivido como fuga. Ahora su exmarido había adquirido la condición definitiva de difunto, aunque él había decidido morirse para ella mucho antes, desposeerla de su piel histórica y cotidiana, y lo había hecho sin rencor ni odio, nunca había sabido odiar ni guardar rencor, pero sí con la determinación enfermiza de un perturbado. Él había despedazado con su indiferencia y acritud cualquier vestigio de su vida en común durante casi veinte años, no quiso salvar nada, y no se trataba de las acumulaciones de muebles, objetos y bagatelas a las que pomposamente llamamos posesiones, sino también de aquellas marcas que la estupidez romántica califica de indelebles, como los recuerdos de una vida compartida. No, él decidió acabar con cualquier vestigio de su matrimonio. Decidió naufragar sin pecios. En su ingenuidad, su exmarido pensó que haciendo de ella una extraña le contagiaría el vacío y el extrañamiento, que se perdería como se acabó perdiendo él. Si embargo, lo que ella consiguió fue precisamente lo contrario. Lejos de él, expulsada de su mundo, es cierto que nunca volvió a ser ella, pero al final se encontró. Quizá porque nunca había estado en realidad perdida. En el fondo, se dijo Jeanne, él siempre había sido mucho más infantil y radical que ella, aunque pareciera lo contrario. Era un hombre de todo o de nada, y ella había sido el todo para él, lo sabía, nunca se cansó de demostrarlo, como también sabía que luego pasó a ser una nada inmensa, sin límites, un paisaje desolado y sin futuro en la vida de su exmarido. Jugaba limpio, el amor fue quizá el único territorio en el que para

él nunca existió término medio. No había equidistancia posible. Y a Jeanne, debía reconocerlo, aquel principio radical, el vértigo del todo o la nada, la había seducido. Sí, tal vez fue lo primero que la atrajo de él. Nada más conocerlo, Jeanne intuyó la posibilidad de poder ser un todo absoluto para otra persona, el extremo, la devoción, y eso la deslumbró, pero, ¿por qué durante los casi veinte años que duró su convivencia nunca tuvo ganas de acercarse a él y con gesto descuidado y cariñoso revolverle el pelo?, ¿por qué durante esos casi veinte años nunca pronunció libremente un te amo, un te quiero, un te deseo?, ¿por qué tenía siempre que pedirselo él?, ¿por qué nunca se dirigió a él con una palabra íntima y cómplice, una palabra de ellos dos? Sí, se preguntó Jeanne, ¿por qué, sin embargo, todo aquello resultaba tan fácil con Gerard, su compañero?, ¿por qué cuando Gerard se ausentaba para hacer algún recado, recordaba de pronto y sin motivo especial su rostro con intensidad, y le echaba de menos sabiendo que le vería al cabo de poco tiempo?, ¿por qué temía cuando él no estaba?, ¿por qué eso jamás le había ocurrido con su exmarido, ni en los primeros años?, ¿por qué callaba cuando Gerard se desvestía por las noches y se quedaba en ropa interior, y no podía dejar de mirarle?, ¿por qué la debilidad de su exmarido la irritaba y la de Gerard despertaba en ella afecto y ganas de compartirla? No, no quería responderse, no quería ir más allá, ni tampoco indagar por qué, por ejemplo, las palabras de su exmarido, aunque fueran hondas y sinceras, desesperadas, palabras que solo pueden proceder de alguien que se ha sentido perdido desde el principio, ella lo sabía, no llegaron nunca a conmoverla del todo, y, al contrario, las de Gerard, tal vez más impostadas y seguras, autosuficientes, generaban en ella casi un acto de fe. No quería seguir con aquellas preguntas. Su pensamiento comparativo la encerraba siempre en las mismas dicotomías. No, ahora no. No pude hacer nada, se justifica, y cabecea para ratificar lo que piensa. Pero las preguntas continúan fluyendo a su cabeza como una hemorragia, ¿por qué la cotidianidad con Gerard es un refugio y no un lugar del que escapar?, ¿por qué cuando está junto a él vuelve a ser una mujer joven y despreocupada, alegre, juguetona?, ¿por qué no hace otra cosa que comparar

a su exmarido con Gerard?, ¿por qué?, ¿por qué? Preguntas y más preguntas que, en realidad, con la muerte encima de la mesa, no eran más que el prolegómeno a una única duda, ¿lo había querido alguna vez? Era penoso decírselo ahora —como lo fue en el pasado—, a los sesenta años, cuando ya nada puede cambiar nada ni con la verdad se redime sentimiento alguno, cuando él ha muerto; sí, aunque fuera penoso, tal vez debería reconocer, debería volver a confesarse a sí misma que no, que no lo había querido. Que había habido otras cosas, probablemente un afecto profundo y verdadero, pero nunca deseo, nunca amor. Nadie puede querer a nadie si antes no se quiere a sí mismo, y ella en aquella época no se quería, se dijo en aquel silencio en el que se había refugiado, y le hubiera gustado confesárselo a su hija. La vida es una cuestión de travesías que te llevan desde el exterior a tu interior. Con Gerard había hecho una de ellas. No había nada que se pudiera reprochar.

Por un momento a Jeanne le pareció que su oscuro silencio hubiera ensombrecido el cielo. Unas nubes densas venían desde las montañas y se perdían en el mar, cruzando la ciudad en una especie de vuelo rasante. Jeanne pensó en la cena de esa noche. Gerard le había dicho que las previsiones del tiempo eran buenas, por la mañana atravesaría un frente nuboso sin lluvias, que daría paso a una tarde serena y soleada con un agradable viento del sur. La temperatura no pasaría de los veintiséis grados y no habría mucha humedad. Pondrían las mesas en el jardín, bajo el emparrado de jazmín, y Gerard se encargaría de la parrilla. Debía recordar a Samira, la asistente, que dijera a dos de sus primas que esa noche contaba con ellas. De vuelta del mercado compraría las flores en el puesto de Joussef, aunque la última vez discutió con él a cuenta de unas rosas, y luego se cercioraría de que el vino estuviera en la nevera desde unas horas antes. No se tenía que olvidar tampoco de que desempolvaban a tiempo la vajilla buena, y de decirles que sacaran brillo a la cubertería de plata que habían comprado cuando vivieron en Praga y que tantos recuerdos le traía. Otra casa, otras cenas, otras noches, otras personas, sí, sobre todo, una persona cuyo nombre moriría con ella, otras me-

sas, comidas diferentes, diferentes conversaciones, pero siempre la misma sensación, la de que con su exmarido no estaba ni en el lugar ni en el tiempo adecuados. El lugar y el tiempo adecuado estaban fuera de él, en la mirada de los otros, en su aprobación y reconocimiento. Fuera estaba la vida y allí debía encontrar lo que la conduciría hacia el interior de ella misma.

¿Sigues ahí, Jeanne?, preguntó Carla con aprehensión. Carla, la invocó su madre, hija. Sí, repuso ella, estoy aquí, dime. Lo siento, cariño, lo siento mucho, pero no voy a ir, se disculpó. A Carla no le sorprendió aquella respuesta, era la que esperaba. No te preocupes, Jeanne, le dijo, de todas formas no estaba previsto que vinieras, es mejor así. Quiso ser conciliadora, pero su madre le replicó que no, que ella no la entendía. Tú no puedes entender, hija, nunca has querido escucharme... Jeanne era una persona que había necesitado siempre a alguien a quien explicarle las cosas, su vida, lo que sentía, lo que pensaba, lo que había hecho o había dejado de hacer, siempre había buscado un interlocutor que la legitimase, y cuando creía dar con él y se encaprichaba, tras unos primeros momentos de afinidad, lo encontraba insuficiente, descubría algo que la decepcionaba, todo se volvía entonces sospechas, y se lanzaba a una nueva búsqueda. Jeanne, le dijo Carla, no deseo que me expliques nada, de verdad, son asuntos vuestros, o mejor, eran asuntos vuestros; si te sirve para algo, continuó diciéndole, creo que él hace años dejó de esperarte y, sinceramente, no creo que te culpase ya de nada; estaba sereno, vivía en calma; te repito, Jeanne, es mejor así, de verdad, déjalo, yo te llamaba solo para decirte que se había muerto, me parecía que tenías derecho a saberlo. Carla sintió que era eso lo que Jeanne quería oír, lo que esperaba de ella, y se lo dijo. Gracias, hija, le dijo Jeanne. Y luego se despidieron.

**JOSÉ MARÍA FLETA LOROÑO, JOSÉ MARÍA, ASÍ SE LLAMABA MI PADRE,** se dijo Carla, aunque nunca nadie le llamó José o José María, ni cuando era niño. Para sus padres, que lo bautizaron con aquel nombre, y para su familia siempre fue Chemita, un diminutivo



cercano, cariñoso, que nunca cruzó el umbral de esa esfera íntima, y que luego, con la edad, creció a Chema. Y en la escuela el nombre se lo proporcionó su apellido, Fleta, Fleta a secas. Así lo llamaron también sus amigos de la infancia, porque él era hijo del Fleta, el carpintero de los muelles de Urazurrutia, y de esa manera continuaron llamándole en la universidad sus compañeros y los que en esa época lo frecuentaron. Fue Chema a partir de que dejó España y luego regresó, y Chema lo llamó todo el mundo hasta que la muerte le devolvió su nombre oficial, José María Fleta Loroño, hijo de Isabel y Antón, estado civil divorciado, nacionalidad española, nacido el quince de noviembre de mil novecientos cincuenta y uno, en Bilbao, España. Eso es lo que estaba escrito en el Certificado de Defunción, lo que decía ese pedazo de papel. Guárdelo bien, le aconsejó el tal Jaume, en estos días se lo van a pedir bastante, ya se imagina lo que es el papeleo. El hombre estaba detrás de un escritorio pretencioso y laminado en caoba. A sus espaldas, sobre una estantería de altura media, había una gran fotografía de un ocaso con sol rojizo a punto de desaparecer en el horizonte. Se suponía que un paisaje así debía transmitir al cliente sosiego y tranquilidad, ofrecer un sentido a lo irremediable, teniendo en cuenta a las personas a las que iba dirigido, que estaban contratando una póliza de seguros de muertos o, como Carla, se enfrentaban en esos momentos a la burocracia por el fallecimiento de un ser querido. Sin embargo, a Carla aquella imagen estereotipada le resultó melosa y vulgar, carente de valor, incapaz de trasmitirle nada, incluso ahora, con un estado emocional en el que la simple visión de algo, una palabra, cualquier recuerdo olvidado, cualquier detalle podía fragmentarla en esas mil lágrimas que todavía no había llorado. Aquella fotografía manida, sintió Carla, hacía más indecentes el despacho y al tal Jaume con su alopecia y con otro traje incoloro, diferente al de la noche anterior, que no desentonaban con las plantas exangües, los bolígrafos y el cenicero con el nombre de la compañía. La muerte allí era una mercancía. Uno tenía que elegir un féretro como se elige un sofá y hablar del tipo de estructura interna y del tapizado. También

escuchar los descuentos que la aseguradora ofrecía a los familiares si se decidían a transformar las cenizas del difunto en diamantes, totalmente garantizados, únicos, una bonita forma de recuerdo, ¿no le parece?, y, ¿por qué no?, de inversión, le dijo el tal Jaume, y redactar una esquela en el periódico local que, aunque la póliza de su padre no lo contemplaba, la nueva política comercial de La Previsora lo ofrecía gratuitamente, como deferencia hacia los clientes, que es lo que más nos importa, se lo aseguro, el cliente y su satisfacción ante todo, ese es nuestro lema, y el hombre puso en sus palabras el convencimiento de los esclavos que están orgullosos de vivir en la esclavitud. No, Carla no pudo controlar su impaciencia y le dijo que no quería transformar a su padre en un diamante, ni tenía intención de publicar ninguna esquela en la prensa, y que el ataúd, la verdad, le daba un poco igual y que dentro de las opciones de la póliza que había contratado su padre cualquier modelo valía con tal de que fuera sobrio y no hubiera dorados. Su padre odiaba los dorados.

Lo entiendo, lo entiendo, repuso con cierta complicidad el tal Jaume, son momentos difíciles, los que hemos pasado por ello lo sabemos, se lo garantizo, y bueno, además, yo trabajo en este negocio desde hace años, dijo, o sea que vamos a acabar rápido, se lo garantizo, cuestión de minutos, mire, tome el Certificado de Defunción y el resto de los papeles, y ahora, si es tan amable, debe firmar algunos documentos, le pidió pasándole un bolígrafo. Carla empezó a firmar los documentos sin ojearlos. Son para el permiso de transporte de cadáveres y la incineración, le explicó el empleado, y estos de aquí, alcanzándole otros, son las autorizaciones que nos otorga para que efectuemos varios pagos, como los servicios del tanatorio, la inhumación y el alquiler del coche; todo esto, como ya le he dicho y consta en la copia que le he dado, está incluido en la póliza, le dijo, y usted no va a tener que abonar nada. Carla le devolvió firmados todos los documentos y se levantó de la silla. Se me olvidaba, añadió el hombre, me va a tener que facilitar sus datos bancarios, o si lo prefiere, un número de tarjeta de crédito, pero no se preocupe, la tranquilizó, es

solo en el caso de que le tengamos que devolver alguna cantidad cuando hagamos la liquidación final... O para cobrarme, si el saldo es a su favor, le interrumpió Carla mientras le sostenía la mirada. Mire, el tal Jaime no pudo evitar replicarla, la desconfianza lo había ofendido, me hago cargo de lo que está pasando, perder a un familiar es un trago muy duro, durísimo, pero no se puede ser tan, tan..., vaciló el hombre, tan arisca, desconfiada; no, concluyó el empleado, usted no se parece en nada a su padre. ¿Cómo era de verdad su padre? No lo habría sabido decir, pero no, ciertamente no se parecía en nada a él, estuvo a punto de responderle. Da igual, dejémoslo, Carla quería acabar cuanto antes, si me da una dirección de correo electrónico, le mando los datos de mi tarjeta de crédito, ¿conforme? No deseo discutir con usted, el tal Jaime no se daba por vencido, solo quiero aclarar este asunto que para mí es importante; La Previsora es una compañía seria, señora, tiene más de un siglo de antigüedad, y en todos los expedientes que yo he tramitado, en todos, le repito, el capital acumulado en la póliza ha sufragado siempre los gastos del deceso, y los familiares y allegados nunca, y digo nunca, han tenido que abonar suplemento alguno; este no va a ser un caso diferente, se lo aseguro, zanjó el tal Jaime.

Podría haberle respondido cualquier cosa a aquel hombre desvaído, pensó Carla, por ejemplo, que estaba segura de que su padre había pagado con creces los servicios de su maldita compañía y, todavía más, que le importaba un pimiento La Previsora Mallorquina, y que si fuera por ella, se podía quedar allí, en aquella jodida oficina, toda su puta vida, eso sí, sintiéndose muy orgulloso de arañar una plusvalía a la muerte y mejorar la cuenta de resultados de su patrón o patrones. Sin embargo, Carla no le dijo nada de todo aquello, se metió el Certificado de Defunción y los otros papeles en el capazo, le dio las gracias y se marchó, porque ella era Carla Fleta Lang, hija de José María Fleta Loroño, Che-ma, un hombre amable y cortés que la había educado sin mucho éxito en aquella amabilidad y en aquella cortesía, un hombre escurridizo e impenetrable. Un hombre asquerosamente replegado

ante el conflicto, se dijo Carla. Un hombre débil al que, sin embargo, le debía cierto respeto, como el saberse comportar delante de aquel corredor de seguros de muerte.

Cuando abandonó la oficina Carla necesitaba un cuarto de baño, estaba a punto de venirse abajo. Salió al Paseo de Born, caminó a la sombra de los plátanos, manteniendo el paso firme en el damero del adoquinado. La calle estaba concurrida. La vida continuaba, tenía que continuar. No podía pensar en nada más que eso y se maldijo por atragantarse con aquel lugar común. ¿Qué vida podía continuar? Dejó atrás una sucursal bancaria, una agencia de viajes, un par de tiendas de ropa y algunas lonjas vacías donde no hacía mucho había agencias inmobiliarias, boutiques y tiendas de decoración, hasta que por fin dio con una cafetería.

Entró, pidió un café y se fue directamente al baño. Y allí se encerró para intentar llorar. Pero no pudo. Respiró profundamente y se lavó la cara. Buscó calmarse pensando en sus hijos, su marido, en lo que estarían haciendo ahora en Windhoek. Allí era una hora más, las dos y media de la tarde, John y Clarisse regresarían del colegio y Ralph le había prometido que abandonaría su despacho de la Avenida Robert Mugabe para estar con ellos. Pero aquellos pensamientos ni la tranquilizaron ni la devolvieron a esa vida que debía continuar. Su único pensamiento en aquel momento era su padre, José María Fleta Loroño, Chema. Ese otoño habría cumplido sesenta y un años. Sacó el Certificado de Defunción del bolso y sintió que aquel trozo de papel legal era lo único que le quedaba de él, lo más próximo. José María Fleta Loroño había nacido a las diez menos diez de una mañana lluviosa de noviembre en el reparto de maternidad del Hospital General de Basurto, en Bilbao. Frente a la ventana de la habitación con ocho camas en la que estaba su madre, se alzaba el sombrío cuartel de Garellano, justo delante del barrio de Basurto, que tenía una estación de tren a sus espaldas, como escondida, y un poco más allá las instalaciones de la Cervecera del Norte. De allí salía una carretera que conducía hasta el alto de Castrejana, a partir del cual la ciudad, Bilbao, difuminaba su nombre y la grisura de los altos hornos y

los astilleros, para abrirse a campos verdes y dirigirse hacia Cantabria. Fue un parto difícil y madre e hijo estuvieron en aquella habitación casi tres semanas, eso sí, su padre acudía todas las mañanas, antes de ir a la carpintería, y todas las tardes, después de acabar la jornada laboral. Nada de esto conocía Carla. Tal vez su padre se lo había dicho en alguna ocasión, quizá le había hablado de las personas y de la ciudad, no lo recordaba, pero de haberlo hecho, sin duda habría sido impreciso y lo habría mencionado de pasada, estaba segura de ello, y desde luego sin ninguna clase de detalles personales que pudieran denotar nostalgia. Bilbao nunca estuvo en las plegarias de Chema. Tampoco el País Vasco. Carla, a sus treinta y un años, no era todavía consciente del todo de que para muchas personas la vida es un simple regreso a la infancia, mientras que para otras la vida es una fuga, a veces desesperada, de esa infancia y de sus lugares. Su padre Chema pertenecía a estas últimas.

Carla sabía de su padre lo que ella podía recordar por sí misma. Había nacido con ella, al igual que todos los padres nacen con sus hijos. El resto no existía. Nunca habían sido una familia de pasados rememorados en sobremesas o en esas tardes apacibles en las que aparecen, surgidos de la nada, álbumes de fotografías conservados en oscuros armarios, y que poco a poco van tejiendo un discurso laberíntico y repetitivo que se llama historia familiar, y que resulta intrascendente y aburrido, falto de cualquier aliciente si no estás iniciado en su liturgia. Para Carla no había gestas o sufrimientos, no había saga familiar. No había nada. El único pasado posible era el suyo y el que ella daba a su padre.

Su abuela paterna, Isabel Loroño, había muerto muchos años antes de que Carla la hubiera podido conocer, y del abuelo Antón solo tenía un lejano recuerdo, en realidad lo había visto en dos ocasiones, dos visitas rápidas, encuentros fugaces en dos bares en los que ella se recordaba a sí misma bebiendo Kas de naranja y comiendo sobres de patatas fritas llenas de aceite y muy saladas, mientras su padre y su abuelo miraban la televisión para no tener que hablar entre ellos. En aquellas dos ocasiones no vieron a na-

die más, si su padre tenía tíos y primos, una familia, parientes, ya fueran cercanos o lejanos, Carla no conoció a ninguno, y luego nunca quiso ni creó la necesidad de preguntar. Al final, ella estaba viviendo la vida de otra manera. Por eso, para Carla, Bilbao era solo una pensión en la calle Bidebarrieta con un largo y siniestro pasillo que le daba miedo, un baño compartido de azulejos fríos y una cama supletoria junto a la matrimonial, con unas sábanas de tergal áspero que olían a jabón pobre y raspaban. Jamás estuvo en la casa de sus abuelos, la casa donde su padre creció, su abuela murió y en la que en aquella época seguía viviendo su abuelo Antón. Dos habitaciones, cocina y baño, todo angosto, todo demasiado humilde sin llegar a ser penuria o demasiada necesidad, como el resto de las casas de aquellos bloques de cemento de color parduzco que se levantaban en diez hileras al final del barrio de Deusto, junto a la ría, colindando con el barrio de San Ignacio y las tapias de los astilleros. Eran viviendas del Ayuntamiento, viviendas municipales en alquiler, asignadas por sorteo. Formaban una barriada a la que se le conocía por Casas Baratas. Ni estuvo allí ni pisó sus aceras ni vio lo que su padre veía cuando era niño, y ella, Carla, tampoco se había interesado, nadie le dijo que aquel también era su mundo. Ignoraba cómo podía ser aquel conglomerado de vidas en blanco y negro de los años cincuenta del siglo XX en una ciudad como Bilbao, doce años después de una guerra civil y a seis del final de otra guerra, esta mundial, en la que los buenos habían ganado sus muertos y la esperanza.

Si nacer es un accidente, solía decir su padre, más lo es el lugar donde te toca nacer, pura anécdota costumbrista, algo prescindible, nada más que un nombre, uno vale el otro, y una breve descripción en el relato para ubicar al personaje que todos creemos llevar dentro y que alimentamos para morir de su mano. De esa forma, sin nombrarlo directamente, despachaba Chema al Bilbao de su infancia, pura anécdota, un lugar valía el otro, pues ese lugar en definitiva solo era necesario para iniciar la huida. No entraba en más detalles y su hija nunca se los pidió, aunque si lo hubiera hecho, Chema tal vez se los habría ahorrado para no con-

tagiarle aquella ciudad oscura y mezquina, sórdida, hecha de miedos y desigualdades, y en manos de una represión triunfadora y siniestra. Una ciudad doblegada. Ciudad trabajadora y obediente, también miserable, pero solo de miseria, de mucha pobreza, una urbe que todavía no se había sacudido del todo el hambre y las cáscaras de patatas. Y esa miseria, esa pobreza, ese recuerdo del hambre pasado durante la postguerra y del sabor mohoso de las patatas eran como un martillo que castigaba los barrios, las calles y sus aceras, las plazas y los hogares, convertido todo ello por la historia en un yunque que aguantaba los golpes una, mil veces, pero en el que no se forjaba ni templaba esperanza alguna. Solo eso, aguantar el martillo de la represión, de la precariedad y de las injusticias. Es lo que tienen las dictaduras, sus jerarcas y sus aparatos policiales, hacen eternos los presentes y las sociedades. Nada que no se sepa y de lo que no se haya escrito ya. Algunos lo hicieron con la legitimidad moral y estética de haber sido víctimas directas, y otros, desde la distancia lo continúan haciendo, con la más que dudosa pretensión de obtener una improbable recompensa popular, altares y reconocimientos para aquellos que ninguna gratificación pueden tener ya, sino el de ser considerados seres humanos, haber vivido y sufrido y muerto, tener una lápida, un nombre digno con sus apellidos, la paz necesaria y silenciosa. Carece de sentido repetir las cosas para los que no pueden oír, decía Chema. No, no se puede hacer de la memoria colectiva una causa, un fetiche, la memoria es única, personal e intransferible, los años los vive uno, y luego, luego desaparecen como las lágrimas, como la lluvia.

José María Fleta Loroño era hijo único, Chemita. A su madre la tuvieron que vaciar tras dar a luz, una histerectomía total, útero, ovarios, todo, incluso la parte superior de la vagina. Y desde entonces fue la misma mujer, siendo otra. Siguió con sus labores, la casa y los recados, continuó rezando el rosario todas las tardes en compañía de Radio Popular, con sus misas los domingos y sus fiestas de guardar, pero, sin embargo, la luz oblicua y resignada de su tristeza contagió la casa, las comidas y las cenas, las horas que

pasaba bajo un flexo cogiendo puntos a las medias y pedaleando su máquina de coser en la que hacía arreglos para ganar algún dinero y redondear los magros ingresos de su marido y así, como se decía en aquella época, ir tirando. Sí, no es que vivieran, solo iban tirando. Antón Fleta era carpintero de profesión, venía de familia de carpinteros. Su hermano Domingo y él habían heredado el trabajo de su padre y un pequeño taller situado en una lonja en la calle Urazurrutia, que se anunciaba con unas letras rotuladas en rojo: Carpintería. Hnos. Fleta. Las mismas que años después, cuando se lo pudieron permitir, fueron escritas, con el mismo color rojo, a ambos lados de la furgoneta Citroën Dos Caballos gris que siempre aparcaron frente a la puerta acristalada de cuatro hojas del taller. La carpintería fue para Chema el lugar en el que pasaba los sábados por la tarde, las fiestas escolares y las vacaciones de su infancia. Allí lo llevaba su padre siempre que podía, tal vez para aligerar a su madre de la presencia y obligaciones que comportaba tener al niño todo el día entre las faldas, y también para evitar al propio Chema el contacto directo y venenoso con una tristeza que no hubiera comprendido y lo hubiese contagiado. Por eso apenas tenía amigos en la barriada de las Casas Baratas, sus amigos estaban en aquellos muelles de Urazurrutia que corrían paralelos a la ría hasta el puente de San Antón. Su mundo era Bilbao La Vieja, y en él, mientras su padre y su tío trabajaban, pasaba la mayor parte del tiempo jugando con los niños del barrio.

Aunque Isabel Loroño y Antón Fleta tenían orígenes diferentes, ella era de un caserío de Arrieta, cerca de Guernica, mientras los padres de él procedían de Piélagos, Santander, ambos compartían la misma pobreza, el mismo miedo. Los dos eran hijos anónimos e invisibles de una historia quebrada, la historia de los vencidos. Sin estudios, solo sabían leer y sumar, y lo único que lograban garabatear era su firma, sin formación política que no fuera la de un rencor sordo contra Franco y todo lo que oliese a franquismo, y unidos por el principio de la pura y primaria supervivencia, marido y mujer hablaban siempre cuchicheando, con



elipsis y gestos, como si las palabras fueran peligrosas y dijeran cosas que no podían ser enunciadas, incluso más, ni tan siquiera pensadas. Por tradición y familia, Isabel acabó refugiándose en lo que para ella quedaba de bueno en la religión, algunos curas que hacían de la Tierra, del País Vasco, un salvoconducto para el reino de los cielos, y de los vascos, el pueblo elegido para habitar ese reino, un pueblo que siempre había estado allí, un pueblo sencillo, abnegado, trabajador y devoto a sus santos y a sus vírgenes, que sufría humillaciones a manos de un poder conquistador debido a su pureza y al sentido de la justicia. Antón, sin embargo, se aferraba, además de a su mujer, a lo único que él consideraba digno, su hermano Domingo, su madre, sus hermanas y la memoria compartida de su padre, un simple carpintero socialista que, tras ser apresado en Santoña en mil novecientos treinta y siete, fue condenado a la pena capital, aunque se la conmutaron por veinticinco años de cárcel. Murió de tisis en la prisión de Valdenoceda un año antes del indulto del cuarenta y seis.

Por eso a Chema sus padres lo protegieron del exterior con la única cosa en la que eran ricos, el silencio interior, un silencio sobre todo aquello que pudiera ponerles en peligro y causarles daño a ellos, a él y a su familia. Su madre intentó inculcarle, además del silencio de los que han perdido, los valores de la religión buena, pero cuando la contemplaba rumiando las oraciones a la hora del rosario, sentía que aquello era como una cárcel, le oprimía el corazón, era una cosa de enajenados, la repetición mataba a las palabras. Es cierto que a Chema no le faltaron nunca muestras de cariño y ternura. También fue consciente desde su infancia de los pequeños y grandes sacrificios que realizaban sus padres: siempre era para él el mejor trozo de carne o la fruta más madura; no reparaban nunca en gastos a la hora de vestirlo y calzarlo, aunque ellos fueran con la ropa remendada y las suelas de sus zapatos estuvieran consumidas; todos los seis de enero tuvo sus regalos de Reyes, juguetes que envidiaban sistemáticamente sus amigos de los muelles de Urazurrutia, y cada cumpleaños recibía su aguinaldo. Cuando cumplió los diez años, los esfuerzos de la economía

familiar se concentraron en pagar las mensualidades del colegio de los jesuitas en Indauchu, y en él estudió hasta ingresar en la universidad. En su casa no había lujos ni tampoco libros, solo una biblia, una edición de la Editorial Vizcaína de 1930, que nadie leía y que servía para custodiar algunos viejos e inservibles billetes de la República y antiguas cartillas de racionamiento. Los primeros libros que entraron en el piso de las Casas Baratas fueron los libros de texto de Chema y ciertas lecturas obligadas. Y luego, desde que cumplió catorce años, siempre que Chema tenía algo de dinero lo gastaba en novelas y libros de poesía.

Sin embargo, con el paso del tiempo minimizó el valor y sacrificio que suponían todas aquellas atenciones materiales y que, en cierto modo, lo convertían en un niño privilegiado. La ausencia de palabras había empezado a hacerle daño. El silencio interior de sus padres, de su tío Domingo, de sus abuelos y del resto de la familia adulta fue minándolo por dentro, construía cavidades de un miedo denso y pastoso. No solo no podía entender lo que ocurría fuera; tampoco ese mundo interior que había empezado a sentir. La realidad era hostil, amenazadora, y no había que dirigirle la palabra bajo ningún concepto so pena de acabar en sus comisarías torturado, sin uñas ni tímpanos, sin dignidad. Vivía dentro una burbuja asfixiante con la que se movía pesadamente de casa al colegio o de casa a la carpintería, y de allí de nuevo a casa. El silencio a Chema no lo protegía; el silencio lo sofocaba. Siempre silencio, se decía. Silencio incluso cuando atrapaba algún fragmento de conversación de los adultos que él no debía oír: lo fusilaron en la tapia de los Escolapios, parece que se prepara algo para este 1º de mayo, han detenido al barbero Miguel otra vez y de esta no sale, fue María, la del primero, quien los denunció, quería el piso para su hija... Frases sueltas, colgadas como cucuicheos en la nada, que descubrían un mundo sumergido, y que ellos negaban de nuevo con su silencio para acabar diciéndole que nada de aquello podía ser repetido. Sus padres, su tío Domingo, sus abuelos, cualquiera que las hubiera pronunciado, miraba a Chema, y aquella mirada imponía el olvido. Que olvidase.

Chema anhelaba crecer para romper el cerco al silencio. Y cuando creció un poco su madre acabó muriéndose de cáncer de hígado, a su padre las palabras dejaron de interesarle y empezó a beber más de la cuenta para seguir custodiando el silencio. Chema tenía dieciséis años. El piso de las Casas Baratas se hizo aún más letárgico, más protector. A veces el porvenir se gana con el olvido. No lo comprendió entonces, pero acabó comprendiéndolo con el tiempo, cuando ya había hecho el viaje de ida y de vuelta con las palabras, las que buscó él mismo, las que le dieron los otros. Y él, José María Fleta Loroño, Chema, también se vio obligado a conquistar su propio olvido silencioso para que el porvenir no fuese una línea negra. Un olvido silencioso con el que llegó a Jeanne, la única mujer a la que amó en su vida, y que le sirvió para abandonar todo lo que había sido hasta entonces y dejarse iluminar por el amor. El mismo olvido silencioso con el que tuvo que cubrir primero el dolor, luego la traición y más tarde el desengaño y la desesperanza, y gracias al cual Carla nació y pudo crecer y no preguntar, y con el que él, Chema, fue su padre.

**EL DE CARLA ERA UN DOLOR EPIDÉRMICO.** Un dolor animal y primario, voraz. No tenía que ver, o no del todo, con la muerte de su padre, Chema, y con quién había sido en el pasado, o con lo que ella todavía desconocía y en el fondo no sabía si le daba igual, porque la de él era una vida ya vivida, con sus aciertos y sus errores. No, su dolor tenía que ver con ella misma. Se sintió terriblemente sola y avistó el peso que la superaba. El dolor no la convertía en protagonista de su propia vida. No había historia en su dolor. Lo único que había era la pérdida definitiva de la persona que había sido su padre. La gente, Carla lo sabía, ante la inminencia de la muerte se prepara discursos con antelación, construye relatos, sabe cómo debe actuar, elabora sentimientos, incluso piensa en cómo se va a vestir el día del funeral y cómo va a mirar al ataúd. La gente se reinventa ante la muerte. Es la forma que tienen para seguir vivos. Pero Carla no. El dolor la había

sorprendido de improviso desde el momento en que encontró a su padre agonizando en la habitación del hospital, y ya no la había abandonado. De saber algo, solo sabría llorar. Nada más que llorar. Pero no podía. Ni siquiera había espacio para la tristeza y la autocompasión. Su padre había muerto. Una extraña amarra se había soltado y no la sujetaba. Con esta nueva sensación de orfandad avanzó por el pasillo de la sala del crematorio.

El féretro reposaba sobre una camilla metálica, junto a un atril y frente a tres vidrieras longitudinales y estrechas con motivos abstractos, cuyos cristales multicolores tamizaban la luz que entraba del exterior. Acompañaba a Carla una empleada más joven que ella, no muy alta y un poco regordeta, enfundada en un traje oscuro en cuya solapa colgaba un pequeño distintivo plateado con su nombre. Tenía el pelo negro recogido en un moño discreto. Lo único llamativo de su aspecto era el color de sus uñas, un morado eléctrico, y un diminuto piercing en la ceja derecha. ¿Desea verle por última vez?, le preguntó la empleada en voz baja pero con seguridad y respeto, de manera profesional. De los altavoces laterales llegaba atenuado, casi imperceptible, el *Adagio For Strings* de Samuel Barber, que Carla reconoció al momento. Aparte de dos coronas de flores a los pies del féretro, no había ningún adorno más en la sala. Era un espacio despejado y neutro en el que el único mobiliario lo constituían varias filas de bancos. Sí, gracias, me gustaría verlo, le contestó Carla.

La mujer hizo un pequeño gesto y aparecieron dos hombres, también vestidos de oscuro y con sus identificadores plateados en las solapas de las chaquetas, que desenroscaron de forma ceremoniosa las tuercas cromadas de la tapa del féretro y dejaron la mitad al descubierto. Los dos hombres y la mujer se retiraron y Carla se acercó vacilante. Allí estaba el cuerpo presente de su padre. Se quedó mirándolo. No sabía qué hacer, cómo despedirse de él, si debía pronunciar algo, si tenía que tocarle o no. Nadie nos enseña a despedirnos de nuestros muertos. Era simplemente algo sin vida, quiso pensar Carla, su padre ya no estaba allí, aunque llevase puestas sus ropas. Esperaba que lo hubiesen amortajado también con la ropa

interior y los calcetines. Entonces, se le pasó por la cabeza el vibrador que había encontrado en el cajón cuando buscaba las prendas, pero descartó con violencia aquella imagen. De repente, sin pretenderlo, llegaron otras imágenes inconexas y voraces como si fueran una riada del pasado, instantáneas sin palabras ni cronología, su padre en el Museo del Prado ante un Caravaggio, su padre saliendo de una piscina mientras le sonríe, su padre llevándola al aeropuerto, su padre en un jardín de Praga con las primeras nieves, su padre esperándola a la salida del colegio francés, su padre paseando con ella por la orilla de una playa en invierno, su padre escuchándola, su padre abatido una tarde de junio en la casa de Madrid, la tarde fatídica, su padre riendo, su padre serio, su padre con su nieto John, su padre arreglando el jardín, su padre triste, su padre cansado, su padre llegando de un viaje y comiendo un melocotón, su padre, solo su padre.... Le habían peinado el pelo cano e hirsuto, pero no habían logrado dominar del todo sus remolinos. Carla extendió la mano y le acarició el pelo, y luego la frente, los párpados, los pómulos, sintió la punzada de la piel fría, llegó hasta la barbilla y notó un poco de barba. Padre, susurró, papá, papá... Antes de que se le saltaran las lágrimas le besó con ternura la mejilla, y ya no dijo nada más. Permaneció varios minutos allí de pie, en silencio. Luego se apartó y se sentó en el banco de la primera fila. La empleada se aproximó, apoyándole una mano en el hombro. Detrás de los dos hombres apareció un sacerdote por una de las puertas laterales y, al reparar en él, Carla le hizo un gesto negativo con la cabeza. No hacía falta rezar para decirle adiós. El sacerdote dio la media vuelta y desapareció. Cuando usted lo estime oportuno, le dijo la empleada con tacto. Carla sabía lo que ocurriría entonces, se lo habían explicado, conducirían a su padre hasta la sala del horno mientras a ella, si así lo deseaba, la llevarían hasta una especie de pecera situada encima. Desde allí podría contemplar cómo introducían el féretro en el horno. Solo un momento, por favor, un momento, le pidió Carla, y la empleada asintió.

Fue en ese instante cuando Carla se percató de que detrás de ella había gente. Habían entrado sin que se diera cuenta. Giró

muy lentamente su cabeza, como si en realidad le costase moverse, y allí nos vio, dos hombres y una mujer sentados en la última fila, y al otro lado del pasillo, en otro mundo, un anciano en una silla de ruedas con un hombre joven de aspecto latinoamericano a sus espaldas. No nos conocía a ninguno de nosotros, era la primera vez que nos veía, aunque, como me contaría unos días después, el rostro del anciano en silla de ruedas no le pareció extraño. Había algo en sus facciones que le resultaba familiar, como si ese algo perteneciera a otra persona y emergiera en los rasgos del anciano, aunque no sabía decir a ciencia cierta a quién le recordaba.

Instintivamente me alcé del banco y comencé a caminar por el pasillo en dirección a ella. Carla, sin saber muy bien por qué, también se levantó y vino a mi encuentro. Nos abrazamos y entonces no pudimos dejar de llorar. Y en ese momento supe que, para poder hablar de José María Fleta Loroño, Chema, y de los muertos y de tantas otras cosas, tenía que empezar hablando de su hija Carla y de la noche que entró en la casa de su padre para recoger la ropa con la que él había dispuesto que lo amortajasen: *Los neumáticos chirriaron en el asfalto cuando el automóvil tomó el desvío...*